

Entre El Salvador y Bolivia

HAY un cierto paralelismo entre los movimientos militares de la República de El Salvador y de Bolivia: el deseo de soslayar con una acción de última hora los plazos y las previsiones para una restauración democrática. Hubo ya una premonición caricaturesca de este tipo de contrarrevoluciones con el Presidente fantoche de Nicaragua, dejado para cubrir el poder entre la huida de Somoza y la llegada de los nuevos gobernantes, que quiso resistirse a marcharse. Duró minutos. El contragolpe de El Salvador y el de Bolivia aparecieron en los primeros momentos como intentos de orden, de mediación democrática: produjeron confusión y actitudes equívocas entre los grupos democráticos de esos países y el ambiente internacional, pero poco después se han revelado como lo que son en el fondo: fascismos de clase. Intentos de mantener los privilegios de los pocos frente a las necesidades de los muchos. Toda Latinoamérica tiene una larga experiencia de esta clase de golpes de Estado. La novedad está en dos puntos: el primero, el equívoco con el que se presentan para evitar desde el

primer momento una oposición armada o un movimiento típico de huelga general revolucionaria. Algo que los teóricos del golpe de Estado deberán tener en cuenta para futuros casos en otros países. Un golpe de Estado en una situación de predemocracia, sea cual sea su pretexto, termina siempre engulléndose la predemocracia y la democracia futuras. El segundo es la resistencia que aparece inmediatamente en los medios internacionales. Todos los golpes anteriores en Latinoamérica han tenido hasta hace poco el apoyo más o menos disfrazado del Departamento de Estado de los Estados Unidos, de la OUA y de los países afines. En estos dos casos, han sido condenados y toda clase de ayudas retraídas. La lección de este punto está dirigida a los presuntos golpistas y a sus instigadores: no es ésta la buena época. No basta con decir que se va a defender la democracia: la democracia, ahora se sabe, se defiende de otras maneras, y la principal de ellas es establecer la democracia, no retrasarla. Estas dos verdades son muy útiles de aprender. Pero sólo se confirmarán con los desenlaces. Con lo que finalmente pase en Bolivia y en El Salvador. Las profecías se inclinan, por ahora, en que las intenciones terminarán fracasando. ■

La mala memoria de Kissinger

Un libro recién publicado revela que el ex secretario de Estado es uno de los principales responsables de la terrible dictadura de Pol Pot.

NINA SUTTON

HACE más de tres años que dejó el poder. Desde entonces, poco a poco, se ha ido descubriendo su juego. Sus "milagros" se han desmontado uno tras otro. Y de lo realizado por el Premio Nobel de la Paz de 1973 (nada menos que por el Vietnam), galardón que aceptó gustoso, porque estaba seguro de merecerlo, ya sólo queda hoy una inmensa región arrasada, en la que el hambre y la represión han sustituido a la guerra de los treinta años.

Pero no es precisamente, el de Kissinger, un exilio modesto. Sus Memorias, cuya publicación han iniciado una serie de revistas de todo el mundo, fueron guardadas como oro en paño hasta el día de su aparición, encerradas en cofres especiales y sometidas a la consideración de unos cuantos directores de periódicos y de clubs del libro que se proponían adquirir sus derechos por elevadísimas cantidades de dinero. Durante todo ese tiempo, el propio "dear Henry" salía de su semi-retiro para llevar a cabo una sorprendente demostración de fuerza.

Esa fuerza es innegable. Celoso por no haber podido negociarlo hasta el final, califica como peligroso el acuerdo SALT II, que es, sin embargo, tan hijo suyo como de Carter; y entonces el Senado americano, aunque dominado por sus adversarios políticos, vota espontáneamente un incremento del 5 por 100 del presupuesto de la Defensa. Va a Bruselas a poner en guardia

a los europeos contra una excesiva confianza en la capacidad defensiva de su padrino americano y estalla una locura general, hasta el punto de que nadie concede ya el mínimo crédito a las garantías de quienes, en Washington, ocupan el poder.

A pesar de tan hermosas apariencias, sin embargo, el pedestal del antiguo secretario de Estado parece que se tambalea. En primer lugar, sus Memorias han decepcionado. En Estados Unidos, al menos. No es que nadie espere de él una autocrítica (su orgullo es legendario), pero sí al menos algunas revelaciones, un cierto distanciamiento, algo de esa lucidez que suele acompañar al exilio del poder. En los extractos aparecidos hasta el momento escasean, por no decir que faltan totalmente, semejantes cualidades.

En segundo lugar, la justicia norteamericana acaba de decidir que Kissinger es un mortal como todos nosotros. Dentro de unos meses, en efecto, tendrá que responder ante un tribunal de la vigilancia telefónica ilegal a la que tuvo sometidos durante cierto tiempo a diecisiete de sus colaboradores, de los que Kissinger sospechaba —equivocadamente— que habían sido demasiado indiscretos con la prensa.

A pesar de eso, lo que más parece irritar a Henry Kissinger estos días es un libro aparecido el pasado mayo en el que se estudia la destrucción sistemática de Camboya organizada por Nixon y su se-



Walter Guevara, Presidente de Bolivia depuesto por el golpe militar, ante los periodistas.



Kissinger, en su época de secretario de Estado, con Nixon.

cretario de Estado con la esperanza (loca) de vencer a los vietnamitas del Norte. Esa obra obsesiona a Kissinger hasta el punto de que éste ha renunciado por una vez a su papel de personaje por encima de mezquinas querellas para intentar refutarla en una carta dirigida a "The Economist", de Londres. Escrito a partir de una pila de documentos que habían sido guardados hasta entonces como secretos del Departamento de Estado, del Pentágono, de la CIA y tras tres años de conversaciones con los principales actores del drama (con excepción de Kissinger, que se negó a recibir a su autor), "Sideshow" (1) es, en efecto,

(1) "Sideshow": "Espectáculo complementario", referencia al papel muy secundario desempeñado por Camboya con relación al Vietnam en la mente de Nixon y de Kissinger, y que hace más punzante todavía el destino de ese país.

un libro devastador, aunque su tono sea más bien moderado.

A través de una serie de órdenes, reuniones, memorandos, secretos o no, asistimos como testigos a la historia de un pueblo sacrificado, de una hermosa tierra devastada, de pobres y niños arrastrados a la desesperación o la corrupción antes de ser engullidos por una inmensa ola de represión y de sangre. Y todo ello para nada. O más bien para satisfacer la voluntad de poder de dos hombres que no soportaban el hecho de que los soldados de Ho Chi Minh pudieran tenerlos a jaque.

William Shawcross, el autor de "Sideshow", es un periodista británico que cubrió los acontecimientos del Vietnam y de Camboya para el "Sunday Times" antes de acudir a Washington a estudiar el asunto Watergate. Se

trata, pues, de alguien que conoce el problema por ambos lados. Y su tesis es muy simple: al decidir, en marzo de 1969, el bombardeo secreto de Camboya bajo el pretexto de ahuyentar a los vietnamitas del Norte que se mantenían ocultos en la zona fronteriza, Nixon y Kissinger no sólo comprometieron la precaria neutralidad que el príncipe Sihanuk había sabido garantizar desde el principio del conflicto vietnamita, sino que obligaron a los soldados de Hanoi a adentrarse aún más en territorio jmer. Peor aún: al sembrar el pánico y provocar el gran éxodo de los campesinos camboyanos, esas bombas (entre 1969 y 1974, sobre Camboya cayeron tres veces más bombas que sobre el Japón durante toda la segunda guerra mundial), contribuyeron además a incrementar las guerrillas de los jmers rojos, hasta entonces bastante exiguas.

Mezquindades y arrogancia

Pero la política americana iba a tornarse aún más siniestra. Tras el derrocamiento de Sihanuk en 1970 (Shawcross confiesa no haber hallado ninguna prueba de una participación norteamericana en el golpe de Estado y si sólo de ciertas ayudas ofrecidas hasta entonces a los adversarios del príncipe), se produce un apoyo incondicional por parte de Norteamérica al régimen impotente de Lon Nol, se destinan millones de dólares a un ejército cuasi inexistente, hay continuos saqueos en los que participan los soldados del Vietnam del Sur enviados a realizar "incursiones de castigo" por Washington, que proporciona al país una ayuda económica ridícula mientras que los bombardeos acaban de destruirlo... Y durante todo ese tiempo, China y Francia tratan de hacerle comprender a Washington que hay que conseguir que Sihanuk vuelva a Phnom Penh, que él sólo dispone de la autoridad necesaria para salvar a Camboya del desastre, restablecer su unidad y su neutra-

lidad. Pero en vano: hasta el penúltimo minuto, Kissinger se niega a tratar con el antiguo soberano, que no es, a sus ojos, suficientemente anticomunista. Resultado: mientras que en Camboya siguen creciendo las guerrillas, los chinos, que no logran hacerse escuchar en Washington, se distancian poco a poco de Sihanuk para apoyar en cambio a los jmers rojos, cuya victoria parece ya inevitable. Así es como pretendiendo "salvar" a Camboya del comunismo, Nixon (posteriormente Ford) y Kissinger acaso sean los principales responsables de la terrible dictadura de Pol Pot.

A todo ello, Kissinger responde que "la Historia juzgará". El análisis es, según él, "absurdo" y hasta "obsceno", y sólo refleja el despecho de quienes, tras haberse opuesto a la guerra —y haber impedido finalmente que Kissinger pudiera continuarla, gracias a la intervención del Congreso—, no aceptan hoy que vietnamitas y camboyanos traicionen sus esperanzas. Porque, para Kissinger, ésos son los únicos culpables. Hoy como ayer. Ya lo había explicado claramente a un periodista alemán en 1976: los millones de muertos del Vietnam y de Camboya no le han quitado nunca el sueño, porque él está seguro de haber llevado a cabo la mejor política posible en Indochina durante los seis años y medio que dedicó a la guerra. Y hoy lo afirma de modo más tajante, si cabe.

Es una lástima para Kissinger que "Sideshow" proporcione tantas pruebas irrefutables de las mentiras y las maniobras a las que hubo de recurrir el ex secretario de Estado para ocultar al mundo una política tan justa. Sin contar las mezquindades, los arrebatos, las arrogancias que ese libro revela igualmente y que parecen haber dado lugar muchas veces a directrices que provocaron centenares de víctimas más. Datos, sin embargo, que no parecen dignos de ser examinados por la Historia, puesto que no figuran en las Memorias de Kissinger. ■ © "Le Nouvel Observateur".